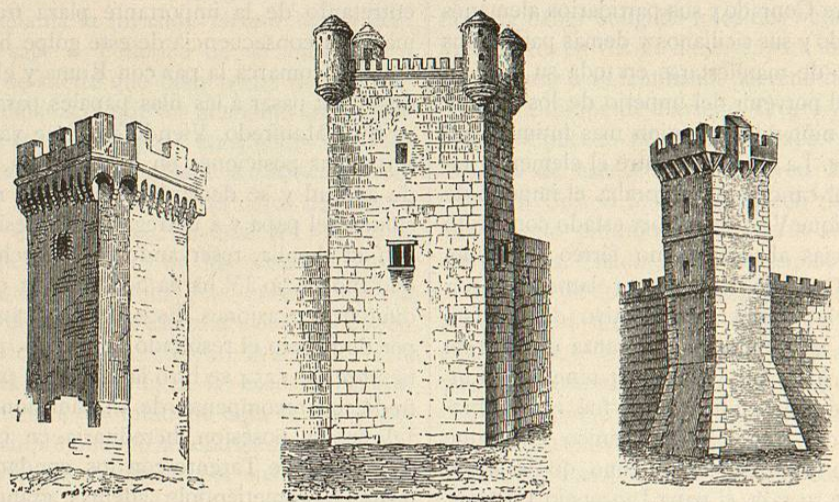


nada tenía que reprocharse, porque ni había provocado el encuentro ni dado órdenes de matar al traidor alevoso, no dudó ya de que sus enemigos en la curia se valdrían de este suceso para perderle; y á fin de evitar este peligro inminente, se apresuró á enviar mensajeros al papa, que á la sazón se hallaba en Teano, para hacerle saber lo ocurrido, mientras él, para ponerse fuera del alcance de sus enemigos, se fué á Capua, donde se estaban haciendo los preparativos para la recepción solemne del pontífice. A pesar de las simpatías con que fué recibido por la población, no se creyó Manfredo seguro y abandonó con unos pocos hombres de confianza la ciudad, en lo cual obró muy cuerdate, porque apenas estuvo fuera, recibió aviso de que su séquito había sido reducido á prisión y de que se había enviado en su persecución una partida de jinetes con orden de apode-

rarse de él. Logró evitar este peligro y meterse con sus acompañantes en la plaza fuerte de Acerra. Desde allí negoció con el papa, y todo habría podido arreglarse si Inocencio no hubiese prestado oído á los enemigos de Manfredo, que le acusaban de ser el asesino de Borello. El más activo de estos enemigos fué el marqués alemán Bertoldo de Hohenburgo, que á esta conducta inicua añadió la más indigna hipocresía fingiéndose defensor de la causa de Manfredo y mediador sincero entre este y el papa.

En tal situación, no le quedó otra alternativa á Manfredo, que para salvar los derechos de su sobrino había llevado la condescendencia hasta el último límite, que defenderse con las armas y si no podía salir con victoria de la lucha desigual, sucumbir al menos con honra. Rápidamente se estrechó el cordon de sus perseguidores alrededor de su asilo, y cuando



Torre de Beaucaire, en Francia (siglo XIII)

Torre de Narbona, en Francia (siglo XIV)

Torre del castillo de Angulema (Francia), siglo XIII

Tipos de fortificaciones en los siglos XIII y XIV

vió que nada podía hacer allí, salió de Acerra acompañado de algunos hombres fieles y prácticos del país y se dirigió á la Apulia por caminos y sendas extraviadas, rodeado de continuos peligros y pasando por las fragosidades de aquel país montuoso. Al llegar á Venosa fué recibido con júbilo por la población; pero no se quedó allí, sino que continuó su viaje hasta Luceria, colonia militar sarracena entre cuyos habitantes estaba seguro de encontrar partidarios fieles y prontos á toda clase de sacrificios. La empresa era arriesgada, porque el camino pasaba cerca del ejército papal en las inmediaciones de Foggia, y junto á Ascoli, cuya población se había declarado contra Manfredo. A pesar de esto púsose Manfredo en camino en la noche del 1.º de noviembre, acompañado de unos pocos servidores fieles, y al rayar el alba llegó con toda felicidad á Luceria, cuyos habitantes, al reconocerle, se disponían á abrirle inmediatamente la puerta de la ciudad; pero el comandante, Juan el Moro, que estaba en tratos con los jefes de las fuerzas papales, había ido á Capua para verse allí con Inocencio IV y nombrado para que le sustituyera en su ausencia un teniente suyo con orden severa de no admitir en la ciudad á nadie. Los habitantes no pudieron recabar de este teniente las llaves de la puerta de la ciudad, por lo cual decidieron introducir á Manfredo por una de las cloacas que desembocaban fuera de la población, y Manfredo estaba ya dispuesto á entrar de esta manera en la plaza, porque el tiempo apremiaba, cuando los fieles sarracenos, que vieron en el príncipe un salvador que les libraría de ser entregados al papa, se armaron, forzaron la puerta y condujeron á Man-

fredo, en medio del mayor júbilo, al palacio imperial, donde el Staufen encontró un tesoro considerable y pertrechos abundantes de guerra, con lo cual puso en poco tiempo en campaña un ejército numeroso y tomó á Foggia y á Troya. El enemigo retrocedió sorprendido; el partido gibelino levantó reanimado la cabeza, y á la muerte de Inocencio IV, que ocurrió el 7 de diciembre de 1254, durante su estancia en Nápoles, había perdido la curia todas las ventajas que en aquel año alcanzó.

La fortuna continuó fiel á la causa de los Staufen. Manfredo no se dejó ya alucinar por los ofrecimientos engañosos de la curia, que en tiempo de Alejandro IV seguía invariable su política ambigua y falaz, aparentando al principio reconocer los derechos de Conradino y buscando medios de entenderse con Manfredo, mientras renovaba las negociaciones relativas á la cesión de la Sicilia al príncipe inglés, á título de feudo de San Pedro. Manfredo venció en una campaña feliz á los rebeldes y traidores, arrojó del principado de Tarento á Bertoldo de Hohenburgo, el ex-regente, puesto ya públicamente al servicio del papa, y pudo marchar en el verano del año 1255 con su ejército victorioso sobre Nápoles, obligando al papa Alejandro IV á replegarse con sus fuerzas sobre Anagni. Poco tiempo después había reconquistado los dominios de la corona de Sicilia en la península. Las ciudades le abrieron sus puertas como lugarteniente del joven rey ausente.

En la primavera del año 1256 pasó Manfredo á la Sicilia, donde sus partidarios habían sometido entretanto á Mesina,

y á medida que los rebeldes perdían la esperanza del prometido auxilio inglés, cesaron en su resistencia, y Manfredo, á pesar de la nueva excomunión fulminada contra él por Alejandro IV, fué reconocido y obedecido en toda la isla. Para mayor fortuna, sublevóse en la primavera del año 1257 la población de Roma, arrancó el gobierno de la ciudad eterna de manos de la aristocracia y estableciendo un gobierno democrático de terror, bajo la dirección del senador Brancalione, burlóse de las censuras eclesiásticas que el papa, refugiado en Viterbo, fulminó contra los sublevados, los cuales solicitaron el apoyo de Manfredo ofreciéndole una alianza.

Si admirables fueron la constancia heroica de Manfredo en la desgracia y su decisión y arrojo en los momentos críticos, más lo fueron su magnanimidad y moderación después de la victoria, su penetración y talento político, la firmeza y habilidad con que se esforzó en asegurar y robustecer lo que su buena fortuna le había restituido tan milagrosamente, y las disposiciones acertadas con que consiguió hacerse reconocer por otras potencias y fomentar la prosperidad de sus dominios. En el verano del año 1257 granjeóse la amistad de los genoveses con un tratado de comercio, y poco después firmó otro con Génova por medio del cual consiguió la entrega del tesoro que Bertoldo de Hohenburgo se había llevado y depositado después en Venecia.

En todo esto había obrado Manfredo en calidad de regente del reino á nombre y como apoderado del rey Conrado V, su sobrino; pero esto no dejó de ser una ficción que fué haciéndose de día en día más insostenible, so pena de enfriar el entusiasmo del pueblo, tanto en Sicilia como en la península, pues para los corazones italianos nada era el joven y ausente rey, mientras que veían en Manfredo el representante de la familia imperial de los Staufen á la vez que el de sus aspiraciones nacionales, á lo cual se agregaba la aureola gloriosa del vencedor que había logrado librar la nación del dominio del papa y del extranjero, restablecido la paz y el orden, fomentado eficazmente la prosperidad del país y dado al comercio un impulso súbito y nunca visto. Todos estos lisonjeros resultados habían de redundar en provecho de un niño alemán, que vivía al otro lado de los Alpes, en aquella fría, áspera y melancólica Alemania, y Manfredo, que en la fortuna como en la adversidad se había portado como modelo de reyes, tendría que dejar entonces el puesto que con tanta gloria y fortuna había ocupado, para desaparecer acaso del teatro de sus obras. Esta idea irritó al pueblo italiano, que siempre había abominado toda unión con Alemania, y que, particularmente en tiempo del rey Conrado IV, había sido para él un peso molesto, cuyo recuerdo se hacía más repugnante á medida que el gobierno de Manfredo iba patentizándose como verdaderamente nacional. En esta disposición de los ánimos sucedió que Manfredo se vió otra vez gravemente amenazado por Roma, y entonces llegó la noticia, que después resultó falsa, de que el rey niño había muerto. Esto bastó para que los grandes del reino y los altos dignatarios de la Iglesia se presentaran en Palermo ante Manfredo y le instaran á ceñirse la corona real; Manfredo cedió á sus instancias, por cuanto, según el testamento del emperador Federico II, le correspondía el reino de Sicilia en el caso que al parecer acababa de presentarse. Así pues, en 11 de agosto de 1258 fué solemnemente ungido y coronado rey de Sicilia.

Resultó luego que la noticia de la muerte de Conrado V había sido falsa y que el joven príncipe estaba sano y bueno. Háse acusado á Manfredo de haber hecho correr á sabiendas la voz de la muerte de su sobrino, y si no él, sus partidarios, con la intención aviesa de proclamar al regente sin cerciorarse antes directamente de la veracidad de la no-

ticia, como había hecho en 1254. Esta acusación no ha sido probada, pero tampoco lo han sido la inocencia y buena fe de Manfredo en este asunto; sin embargo, aunque este último hubiese tenido motivo para dudar de la veracidad de la noticia, difícilmente merecería censuras por haber obrado como obró en vista de las instancias cada vez más apremiantes de sus partidarios, á quienes era preciso tener contentos, puesto que sin su entusiasmo y apoyo no hubiera podido sostenerse el sentimiento nacional ni continuar, por consiguiente, la defensa victoriosa de la independencia reconquistada del país, cuya población se componía de tantos elementos diversos y opuestos. Para todo esto se necesitaba una cabeza, un rey que en su persona reuniera todas las cualidades necesarias, como concurrían en Manfredo y como no podía tenerlas el niño Conradino, que permanecía muy tranquilo en la lejana Alemania. Si Manfredo no hubiera accedido al clamoreo de su pueblo, si no hubiera aceptado la corona en la tremenda crisis por que pasaba entonces aquella parte de Italia, habría hecho perder temerariamente lo que había ganado en tan dura lucha, sembrada de las más inesperadas peripecias; por manera que el paso dado por Manfredo había llegado á ser una necesidad nacional y política que, con la noticia de la muerte de Conradino ó sin ella, hubiera tenido que atender de todos modos, sin ignorar por esto los reproches y críticas á que se exponía. Toda su conducta después de la muerte de Conrado IV es un testimonio de su lealtad, antepuesta en más de una ocasión á la sana política, pues muy bien pudo haberse ceñido la corona de su sobrino desde el primer día con gran contentamiento de los grandes del reino y notable ventaja del país. Su pariente Felipe, que se apoderó en 1198 del trono que correspondía á su sobrino, con cuya conducta se ha querido comparar la de Manfredo, obró como este en interés de la familia imperial, pero no tenía derecho tan innegable al trono que usurpó como lo tenía Manfredo al de Sicilia, por el testamento de su padre, ni estaba entonces en juego un interés nacional tan grande y tan amenazado como cuando Manfredo se ceñió la corona de Sicilia, amenazada por la curia romana.

La conveniencia del paso dado por Manfredo vióse justificada por los efectos inmediatos que produjo, porque bajo su benigno gobierno renació la prosperidad en todo el reino, y la confianza del pueblo en la conservación de su bienestar. En el antiguo palacio normando de Palermo volvió á renacer la vida alegre de una corte suntuosa, que servía de realce y marco á un gobierno humanitario, inspirado en motivos nobles y fines elevados, atendiendo al propio tiempo á los intereses intelectuales de la época y concediendo su protección á las ciencias, á las artes y á la poesía. El papa renovó su anatema contra Manfredo, pero solo encontró eco entre sus partidarios más fanáticos cuando quiso presentarle á la faz del mundo como mahometano y enemigo de la humanidad, imitando en esto la conducta de Inocencio IV con su padre Federico II.

El objeto de calificar de mahometanos á estos Staufen no fué otro sino el de poder levantar contra ellos, en un momento favorable, una cruzada como las que se organizaban contra el sultán.

En nada alteró la situación de Manfredo la noticia de que Conradino vivía y no había motivo para temer por su vida; y cuando la madre de este último y su tío, Luis del Palatinado, intimaron á Manfredo que se desciñera la corona, declaró este francamente que no lo haría porque el país quería un rey nacional, pero aconsejaba al propio tiempo que enviaran á Conradino á Palermo á fin de que se educara allí según los usos del país, para que pudiera sucederle más tarde en el trono. Los enemigos de Manfredo aprovecharon

esta circunstancia para fomentar la discordia entre los individuos de la familia Staufen, en especial la curia romana, que veía con gran disgusto que bajo el cetro y la influencia de Manfredo crecía y se robustecía el partido gibelino no solamente en el reino de Sicilia sino en toda la Italia y trabajaba activamente para recuperar el terreno perdido desde la muerte de Federico II. El fin del feroz Eccelino de Romano y de su dominio terrorífico fué solo un desastre aparente, y aun en cierta manera un suceso feliz para el partido gibelino, en cuanto un aliado como él era un oprobio para el citado partido y para la causa de los Staufen, pues las mas espantosas crueldades que la historia refiere de los tiranos de la Grecia antigua son insignificantes comparadas con las innumerables atrocidades de este jefe italiano, que derramó á torrentes la sangre humana despues de haber hecho sufrir á sus víctimas los tormentos mas horrosos que la imaginacion es capaz de inventar, como si hubiese tenido empeño de merecer con exceso el dictado de espíritu del infierno encarnado en cuerpo humano, que los horrorizados testigos de sus inauditos crímenes le dieron. La muerte de esta fiera humana fué un beneficio para el partido gibelino, porque comparado con semejante gobierno infernal parecía el pesado yugo de la Iglesia una salvacion saludada con júbilo por los pueblos aterrorizados. De esta manera ganaron los welfos en el verano del año 1256 á Pádua, el baluarte principal del poder de Eccelino, que á la sazón estaba sitiando á Mántua, é inútiles fueron las horribles sentencias que dictó contra todos cuantos creyó cómplices en esta catástrofe, porque no volvió á recuperar aquella plaza importante. Entonces se emprendió una verdadera cruzada contra el feroz verdugo, que á pesar de ello derrotó completamente, en union con el marqués Palavicini, gibelino enérgico, al ejército coligado, en 1.º de setiembre de 1258, cerca de Torricella, quedando prisioneros de los vencedores los jefes, sin exceptuar los que vestían hábitos de la Iglesia. La ambición é insolencia enajenaron á Eccelino desde entonces el auxilio de sus aliados mas valiosos, Palavicini y Cremona; Venecia brindó con su auxilio para acabar con el dominio del tirano y el mismo rey Manfredo apoyó abiertamente estos propósitos, lo cual le valió una jefatura muy honrosa en el Norte de Italia, porque no solamente llegó á ser el amigo y aliado, sino la cabeza reconocida de una alianza que formaron Cremona, Mántua, Ferrara, Pádua y los marqueses de Palavicini y de Este con el fin de restituir con las armas sus propiedades y derechos á los que habían sido despojados de ellos por Eccelino; pero las discordias y divisiones en los partidos que se disputaban en las ciudades la influencia y el poder, quitaron á la citada alianza la solidez y carácter de permanencia indispensables para ser temible á Eccelino, que, muy al contrario, pudo concebir la esperanza de tener de su parte los partidos que no dominaban á la sazón y evitar ó deshacer así el peligro que le amenazaba. Con este objeto apoyó al partido de la nobleza arrojada de Milan por el partido del pueblo, acudido por Martin della Torre, para ver si podía apoderarse de la capital de la Lombardia. Pero en esta empresa abandonó á Eccelino la fortuna, el ataque á la ciudad fué rechazado y otro dirigido contra Monza tuvo igual resultado. A fin de asegurarse la retirada hizo fortificar Eccelino las cabezas del puente del Adda cerca de Cassano; pero mientras estaba ocupado en una de sus correrías, se posesionaron los milaneses del puente y en un ataque desesperado para recuperarlo fué herido Eccelino, en los primeros momentos, en un pié, y teniendo que batirse en retirada, que pronto degeneró en huida, fué alcanzado, y rodeado de enemigos recibió un golpe de maza en la cabeza que le tendió sin sentidos en tierra. Trabajo costó protegerle contra la multitud, que quería apo-

derarse de él para despedazarle. En medio del tumulto y gritería de los que pedían la cabeza del tirano fué este llevado prisionero al castillo de Soncino, donde convencido de que sus días estaban contados y de que sus enemigos le harían expiar hasta donde pudieran las atrocidades que había cometido, se decidió á morir antes que tal sucediera. No quiso dejarse curar las heridas, y hecha la primera cura á la fuerza, arrancóse los vendajes; moribundo, rechazó las amonestaciones que le hacían los eclesiásticos de que se arrepintiera para morir siquiera en la comunidad de la Iglesia; y así expiró esta fiera en 7 de octubre de 1259, impenitente, inflexible, respirando odio implacable á la fortuna falaz y á sus enemigos. Con él derrumbóse todo su poderío y el de su familia. El marqués de Este, despues de haber vencido en el fuerte de San Zeno la desesperada resistencia de Alberico, hermano de Eccelino, de quien la Iglesia había querido servirse de instrumento, tomó de él terrible venganza asesinando en su presencia á su mujer, á sus seis hijos y á sus dos hijas, y descuartizándole despues entre caballos bravíos.

Quien mas ganó con la ruina del poderío de la familia Romano fué Manfredo, único amparo y jefe entonces de los gibelinos de la Alta Italia. Cuando en 4 de setiembre de 1260 los florentinos, principales adalides del partido welfo en Toscana, fueron derrotados por los gibelinos en Montaperto, la mayor parte de los toscanos se sometieron al rey de Sicilia, que fué entonces señor de casi toda la Italia. La curia tuvo nuevos motivos de temor cuando los welfos se vieron precisados á implorar el auxilio de Conradino, que se encontraba en Alemania, é invitarle á que los protegiera contra su tío y arrebatara á este con su ayuda la corona que había usurpado. Si un Staufen privaba á la curia de la direccion de los welfos, la Iglesia podía perder otra vez los frutos de su penoso trabajo de mas de diez años, y acaso se haría responsable de esta pérdida á la política de Alejandro IV, la cual, sin embargo, distaba mucho de ser tan inconsiderada y enérgica como la de sus dos antecesores. Los fanáticos vieron, pues, con satisfacción el cambio que en aquel momento crítico hubo en la direccion de la Iglesia: en efecto, á principios de setiembre de 1261 ocupó la sede pontificia Urbano IV, hombre en quien revivían la pasión y la intransigencia de Inocencio IV y que tuvo que proceder tanto mas rápida y enérgicamente cuanto que su antecesor se había visto obligado á huir de Roma, donde los gibelinos habían logrado predominar y se proponían elegir senador á Manfredo. El movimiento nacional tomaba en Italia rápido incremento, y cada día era mayor el número de los que reconocían por jefe al rey de Sicilia. No había, pues, que contar en Italia con elementos para combatirle, y solo apelando al extranjero podía tener la curia la esperanza de dominar la península italiana. Por esto Urbano IV adoptó nuevamente los planes que Inocencio IV había trazado cuando ofreció al rey de Inglaterra la corona de Sicilia como feudo pontificio. Urbano, como francés que era, buscó el adalid de que la Iglesia necesitaba en Francia, resucitando la candidatura, en otro tiempo discutida, de Carlos de Anjou, hermano del rey Luis IX, príncipe tan poderoso como lleno de ambición. Pero aun estas cualidades inspiraron ciertos temores al papa, el cual pensó que Carlos no era hombre que se dejara utilizar como instrumento inconsciente y que si servía á la Iglesia lo haría atendiendo á su provecho propio. Este candidato, á espaldas del papa, había formado estrechas relaciones con los welfos romanos, los cuales con el título de *dominus* le confirieron la dignidad de senador vitalicio. Este triunfo del duque dificultó naturalmente su inteligencia con la suspicaz curia, y antes de que hubiese acuerdo por ambas partes falleció Urbano IV (2 de octubre de 1264). Su sucesor, Clemente IV,

natural de Provenza y como arzobispo de Narbona amistosamente relacionado con Luis IX y con Carlos de Anjou, se vió obligado á sacar todas las consecuencias del cambio que acababa de verificarse en la política pontificia.

Manfredo veía, pues, acercarse el momento de la lucha decisiva precisamente cuando su situación había variado de un modo funesto: los deseos que manifestaba de hacer las paces con la curia le enajenaron las simpatías de sus partidarios fanáticos; además, en la pequeña guerra entre welfos y gibelinos que continuaba ensangrentando la Italia, especialmente la central, había sufrido algunas pérdidas, sin poder conseguir ninguno de aquellos éxitos decisivos y trascendentales que tanta falta le hacían para mantener unido, durante la crisis que se preparaba, á un partido compuesto de tan distintos elementos. En su propio reino, sentía moverse el suelo bajo sus piés. Inocencio IV despues de la muerte de Federico II había declarado nula la legislación imperial como contraria á los preceptos de la Iglesia (1); y como esta legislación era una pesada carga para los súbditos, la medida adoptada por el papa fué saludable con júbilo y aun muchos adversarios de la supremacía pontificia supieron sacar de ella ventaja para sí. Con el restablecimiento de un régimen nacional y de un gobierno fuerte bajo el poder de Manfredo, recobró en parte su antiguo vigor la organización administrativa federiciana, que no había sido desarraigada todavía. Sin embargo, las circunstancias en que Manfredo había alcanzado el poder le imponían la obligación de renunciar á un régimen absoluto como el que había ejercido su padre, y para atraer á su causa á los magnates del país le era preciso ajustar sus relaciones con ellos al derecho feudal. Esta resurrección del feudalismo debilitó el empero su poder efectivo y permitió á sus adversarios eclesiásticos y al contra-rey por ellos nombrado ejercer funesta influencia en los magnates. Todas estas circunstancias socavaban insensiblemente la situación de Manfredo: la nueva oposición de que era objeto su monarquía so pretexto del legítimo derecho de su sobrino Conradino; las pocas ganas que tenían algunos magnates de sacrificarse por una causa que no les ofrecía ninguna ventaja positiva; la constante agitación eclesiástica, que apelaba á toda clase de medios, y el deseo ardiente de la muchedumbre de que se creara definitivamente un orden de cosas sólido y duradero, se unían al exacerbado apasionamiento de los partidos, que, sobre todo en la nobleza, codiciosa de dinero y de bienes, confundía las nociones de lo justo y de lo injusto y revelaba una profunda desmoralización política. Manfredo, que había concebido el pensamiento de una monarquía nacional y que tenía el noble deseo de renunciar á la union de Alemania y de Sicilia y á la corona imperial para poder dar á su reino una existencia independiente, pagó las culpas de su padre y de su abuelo, los cuales, inaccesibles á estos sentimientos, habían tenido el reino bajo una especie de dominación extranjera y habían hecho pesar sin compasión sobre él las cargas que hacia necesarias la lucha para conservar la Alemania y la corona imperial. Esta fué la principal causa de la ruina de Manfredo. Abandonado infamemente por la nobleza de su país, sucumbió ante un desleal aventurero que innoblemente se sirvió en provecho propio de fuerzas y recursos á otros fines destinados y entregó el país, que por una lamentable alucinación se le sometió, á una suerte, comparados con la cual podían echarse de menos como felices los malos tiempos de Enrique y de Federico II.

Mientras se reunía en la Provenza el ejército destinado á la conquista de Nápoles y de Sicilia, presentóse Carlos de Anjou en Roma (mayo de 1265) acompañado de un legado

(1) Véase mas arriba.

pontificio, como si se tratara de una nueva expedición á los Santos Lugares, despues de haber burlado la vigilancia de los guerreros de Manfredo y de haber llegado felizmente á la desembocadura del Tiber. Los volubles romanos acogieron con grandes festejos á su nuevo senador, cuya persona, por lo demás, no era muy propia para despertar simpatías. En efecto, el duque, que contaba entonces cuarenta años, en su rostro flaco, en los rasgos duros y marcados de su aceitinada fisonomía, en su ceño sombrío, en su ardiente mirada y en su rostro severo, no animado nunca por la sonrisa, mostraba su despótico carácter. Carlos de Anjou solo conocía una pasión, la de mandar, enriquecerse y cometer violencias, á cuya satisfacción consagraba toda su existencia. Tal era el hombre elegido por la curia como adalid para oponerle al bello y apuesto Manfredo, que era realmente rey interior y exteriormente; sin embargo, la curia no dejó de abrigar secreto temor de que Carlos sacudiera, á la primera ocasión favorable que se le ofreciera, el yugo que se le imponía, siguiendo la misma senda del Staufen á quien por su medio se quería aniquilar. Lo que mas cuidado inspiraba á la curia era la dignidad senatorial de Carlos de Anjou, que constituía una amenaza á la autoridad temporal que ejercía el papa en la ciudad eterna. Pero no era posible volverse atrás de lo estipulado. En 28 de junio de 1265 los cardenales, en representación del papa, dieron á Carlos de Anjou, en el palacio de Letrán, la investidura del reino de Sicilia, á cambio de algunas concesiones importantes que hizo á la curia, pues se obligó á restituir á Benevento á los Estados de la Iglesia, á abdicar los derechos que correspondían al rey normando en punto al nombramiento de los obispos, á pagar como tributo feudal 8,000 onzas de oro, á renunciar á la dignidad senatorial, despues de haber conquistado el continente, y á devolver, á su tiempo, los subsidios que para la lucha se le facilitarían. ¡Cuán poco fiaba el papa en el príncipe llamado á combatir á Manfredo y cómo procuraba de antemano limitar su libertad de acción! De mala ralea era la gente que consigo llevaba Carlos de Anjou para conquistar aquel magnífico reino: la inmensa masa de inquietos caballeros y simples guerreros, ganosos de aventuras, en que abundaba la Francia desde que tanta parte había tomado en las Cruzadas, á las que se había cerrado ya el antiguo campo de su feroz actividad y que, bajo la bandera de la Iglesia, habían desahogado sus instintos contra los infelices albigeneses; aquella inmensa masa se adhirió con afán á una empresa que prometía placeres, botín y ricos feudos, y cuyos partícipes podían presentarse como instrumentos escogidos por la Iglesia y jactarse de que todas sus violencias eran obras gratas á Dios.

A todo ello correspondió la manera de presentarse este ejército cuando á fines del otoño de 1265 llegó á Italia, procedente de Provenza. La funesta lucha entre welfos y gibelinos le abrió el camino, que nunca hubiera podido abrirse por sí mismo; la Lombardia y la Toscana sufrieron los terribles efectos de su indisciplina. A fines del año 1265 llegó á Roma este ejército, completamente indisciplinado y desorganizado; y cuando Carlos de Anjou y su esposa Beatriz (hija de Ramon Berenguer IV de Provenza y mujer cuya desmedida ambición sobrepujaba á la pasión de su esposo) hubieron sido coronados, en 6 de enero de 1266, reyes de Sicilia, emprendieron, á fines del mismo mes, la marcha hacia la Baja Italia, durante la cual se les unieron los welfos que habían huido ante el creciente poder de Manfredo, los proscritos y los abiertamente traidores. Manfredo había ofrecido nuevamente al papa un arreglo, en la creencia de que Urbano IV se desprendería al fin voluntariamente de la alianza de los franceses, cuyas verdaderas intenciones habían sido claramente descubiertas por la conducta observada en Roma;